

Están. Los veo. ¿Los ves?

Abrí la puerta de casa a las **SEIS TREINTA Y CINCO** de la mañana. La vi caminando en la oscuridad. Encorvada, cubierta con un abrigo de lana desde la punta de los pies hasta la cabeza. Sus pasos amplios y apresurados escapaban de una ola de frío prototípica de las madrugadas invernales.

La miré. Mis ojos accedían a una mancha negra que se desplazaba entre la niebla. Subí al auto. Prendí la calefacción antes de siquiera encender las luces. Estaba temblando. Me froté las piernas con las manos para generar calor. Me irrité. "Odio el frío", exclamé. Pero luego la miré. Aceleré a gran velocidad. Cada metro recorrido me alejaba de ella.

A las **SIETE** de la mañana entré a las instalaciones de la Policía de investigación de Chile. El olor a sudor y la multitud empujando me irritaba. Los ví pidiendo a gritos un traductor. Suplicando papeles de ingreso para poder establecerse definitivamente en el país. Estamos pegados los unos con los otros. Sin espacio para respirar. Algunos no respetan la fila y se meten por donde pueden. Otros esperan horas las noticias. Noticias que tardan infinito en llegar. O nunca llegan.

-“Vuelva mañana”, les dicen.

Entonces luego de hacer una fila de ocho horas, no queda otra opción que retirarse sin haber logrado lo esperado. Es frustrante. Desesperante. Agobiante.

Los miré. Esperábamos los mismos papeles. Me miraban. Sus hijos les preguntaban por qué era la única diferente. Los miré nuevamente.

A las **SIETE Y MEDIA** emprendí mi camino. Era hora de ir a estudiar. Aproximadamente a **LAS OCHO** circulé por la última calle previa a la Universidad. Antes de arribar a mi destino final, un camión de basura evitaba mi paso y me obligaba a disminuir la velocidad. Me enojé. Grité. El olor a basura inunda el oxígeno que respiro. Ya no aguanto. El olor me da dolor de cabeza. Náuseas.

Los observé.

Subían y bajaban.

Corrían y saltaban.

Vaciaban y limpiaban.

Saltaban de nuevo y gritaban.

Admiraba su tolerancia. Me sorprendía su compromiso. Me angustié. Temí por la exposición de aquellos hombres. Mi impotencia era enorme.

A las **OCHO Y CUARTO**

Él me guió.

A estacionar me enseñó.

Cada día me miraba, aparcando en el mismo lugar. ¡Si sabe que no necesito sus señales!
¿Será su modo de interactuar conmigo?

A las **OCHO Y MEDIA** empezó la primera clase.
Hasta las **CUATRO Y MEDIA** de estudiar no paraba.
Solo pensarlo me estresaba.

Corrí al baño. Pero ella lo estaba limpiando. No sé por qué, me pidió perdón. Le sonreí y me fuí. Miré el reloj y me alivié. Faltaba menos para llegar a casa. El tiempo pasaba. A las **CINCO** de la tarde arrojé mis cuadernos como una cascada al interior de mi mochila.

Antes de llegar a mi hogar, frené en el supermercado. Mi padre me pidió que le compre su chocolate favorito. Una fila de carros funcionaba como barrera frente a la puerta. Miré hacia el final de semejante manada y allí él estaba. Empujando. Sudando bajo el sol.

La cajera me sonrió. Estaba contenta. Me transmitió, al fin, buena energía ¡Si supiera que cambió mi día!

CINCO Y MEDIA llegué.
Con su mirada afirmé.
Si señorita, ya le llevo su meriendita.

La observé.... Pensé en su familia... Sus amigos... Me adueñé del sillón y me acosté.
Encendí el televisor y el conductor del noticiero afirmó: "Oleada de inmigrantes invadiendo Chile". Bajé la mirada.

No supe qué decirle. Me quedé callada.